

Redimir el tiempo

biblicom.org

Un siervo del Señor ha dicho: “Se reconoce al cristiano por el uso que hace de su tiempo libre, de su dinero disponible”. Para la mayoría de nosotros, los días, las semanas, los meses, están llenos de una actividad necesaria para nuestros estudios o para ganar el pan de cada día; empleamos legítimamente la mayor parte de nuestra actividad para responder a nuestras necesidades materiales. Pero, cada semana, nos quedan algunas horas de libertad. ¿En qué las invertimos?

Hemos meditado, acaso, algún momento, acerca de las serias cuestiones que encierran estas preguntas: ¿cuál es la razón de ser de nuestra vida? ¿Por qué nos hallamos en la tierra? ¿Qué quedará cuando todas las cosas de aquí abajo hayan pasado?

Queridísimos hermanos y hermanas, sabéis que podemos «A Cristo el Señor» servir (Col. 3:24) en todos nuestros diarios quehaceres. ¿No queremos también emplear en su servicio el tiempo disponible que él nos da fuera del de los quehaceres diarios?

Algunos emplean estos momentos de libertad, o tales recursos suplementarios, en cosas frívolas e inútiles. Atraídos por falsas ilusiones engañosas, olvidan el valor del tiempo que pasa: no han comprendido, o han olvidado, que la vida es un don precioso de parte de Dios para nosotros, del que tendremos que dar cuenta. Otros se imponen una actividad tan grande que su existencia es semejante a una carrera desenfrenada, sin un solo instante de descanso. Dejan de ver que ello es un grandísimo peligro al dejarse absorber de tal manera por los cuidados de esta vida sin reservarse un momento para orar y leer la Palabra. De este modo, se alejan de la fuente de bendición, abriendo el paso a la sequía que amenaza agotar sus almas o que las inclinará a lamentables caídas.

No importa tanto la cantidad de tiempo disponible como el modo de emplearlo. Nuestra alma necesita alimento, nuestro cuerpo precisa reposo, o, contrariamente, tal vez, ejercicio. Pero hay a nuestro alrededor tantas almas sedientas de verdad, que no nos ha de ser difícil, pues, entrar en contacto con una u otra, guiados por el Señor, y hablarle de cuanto Él ha hecho para nosotros mismos. Lo esencial es, pues, para nosotros, organizar nuestro tiempo libre, previendo con discernimiento el empleo que haremos de él, dirigidos por el Señor.

Pero aún hemos de *saber detenernos*, hacer tal vez una pausa. Cuando el sol lanza sus pesados y ardorosos rayos sobre el camino; cuando la pesadez se apodera de nuestros ojos, y sentimos la garganta seca, los pies doloridos, y caminamos penosamente; cuando nuestro cerebro fatigado se siente incapaz de razonar normalmente, ¡qué alivio nos proporciona entonces podernos sentar un instante a la sombra de un frondoso ramaje!

Entonces sentimos recobrar la vida y el ánimo. ¿De dónde proviene que numerosos creyentes, que empezaron a caminar alegremente en la senda estrecha, de repente se cansaron y se agotó todo ánimo en ellos? La causa de esto es que, en su *debido tiempo*, no hicieron una pausa de descanso en el fatigoso desierto. Quizás ni siquiera se acuerdan del lugar secreto donde, anteriormente, habían encontrado reposo y alimento en abundancia.

Daniel caminaba con Dios, pero «se arrodillaba tres veces al día» en su cámara (Dan. 6:10). Allí hacía un alto. Con toda seguridad, Daniel fue uno de los hombres más ocupados de su tiempo, pues el rey Darío le había confiado el gobierno de todo el reino. Y nosotros, ¿no encontraremos tiempo para detenernos unos instantes a los pies del Señor?

David decía: «Sé para mí una roca de refugio, adonde recurra yo *continuamente*» (Sal. 71:3). Vemos a Pedro orando en la azotea, en pleno mediodía (Hec. 10:9). Tales hombres sabían que, después de haber recorrido ya parte del camino, tenían que detenerse para recobrar fuerzas, e indagar la voluntad del Señor antes de proseguir su camino.

¿Nos resulta realmente imposible reservar algunos minutos, una o dos veces al día, para aislarnos en nuestra habitación, y desde ella, hablar con Dios? Consideremos, sin embargo, ante todo, al señor Jesús. ¡Cuántas veces lo encontramos a solas con Dios! Acá, allá, en el desierto o en la cumbre de un monte solitario, lo hallamos entregado a una pausa, a un aparente descanso. ¡Bienaventurada comunión del hombre perfecto con su Padre!

No obstante, nuestro excelente anhelo de terminar brillantemente unos estudios o carrera, o de progresar en lo posible en nuestra profesión, no permitamos jamás que nuestra actividad diaria nos acapare hasta tal punto que no nos deje tiempo para recogernos unos momentos a los pies del Señor en busca de su comunión, para el servicio al prójimo, para dar a nuestro cuerpo el descanso que necesita. No echemos a perder tampoco esas horas libres de las cuales disponemos. Pidamos al Señor la sabiduría que nos falta para servirlo como conviene. Es el único medio que nos permitirá no solo empezar bien nuestra carrera, sino también continuarla, y llevarla a cabo para su gloria.

Un siervo de Dios dijo: “Cuando siento que me falta tiempo para orar, al empezar un día muy atareado, oro más tiempo que de costumbre. ¿Por qué? Simplemente, porque el hacerlo me da más fuerza”.

En nuestra vida, todo depende de la bendición de Dios.

No olvidemos jamás que nuestra vida es una sucesión de días, y que el día de mañana no nos pertenece. Dios no nos promete semanas o años; nos da *un día tras otro* en nuestra vida; solo el instante presente es nuestro. Nuestra existencia se compone de detalles; si sabemos ser fieles un día tras otro día, nuestra vida, en su conjunto, será un rayo de luz.

Para ello, hermanos queridos, leamos la Palabra y oremos sin cesar. Doce horas tiene el día, doce también la noche. Si no reservamos un solo minuto para leer o para la oración, no digamos, entonces, que somos cristianos.

Revista «*Vida cristiana*», año 1953, N° 5

Traducido del «*Messaggero*» Italiano.